

DIEGO M. MARTINEZ

# DISCURSO

PRONUNCIADO

En la reunion del Partido Nacional

HABIDA EN LA CIUDAD DEL SALTO

EL DIA 13 DE MAYO DE 1894.



51.572

CONCORDIA

Tip. á vap. de "El Diario de Concordia", Entre Rios, 273

1894.

Al distinguido ciudadano  
doctor Luis Melian Luján  
de su apuro.

J. M. Martínez

---

Al distinguido ciudadano  
doctor Luis Melian Lopez

de su honor.

J. M. Castro

---



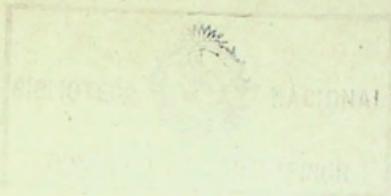
*Al Doctor Don*

*Jaime Estigarribia*

*que en notable documento político dijera:  
"El Partido Nacional no tiene más di-  
visa que la de sus principios", dedica  
estas páginas su humilde correligiona-  
rio y admirador de sus altas virtudes.*

D. M. Martinez.

Mayo 1894.



SEÑORES:

80.296

Cuando talvez llegaba á pensarse que el Partido Nacional, disgregado, casi disuelto, iba á desaparecer para siempre de nuestro escenario político, hé aquí que él se dispone una vez más á ocupar su puesto de combate,— motejado de inepto y de caduco por uno de los mas conspicuos de sus adversários, pero aún así respetado, como se respeta la ancianidad noblemente sobrellevada, lo mismo por los organismos humanos que por los organismos políticos; como se respeta y se estima la ineptitud en los tenebrosos dominios del mal y del crimen.

¿Pero es exacto que formemos parte de una colectividad que se ha gastado en el desempeño de su rol histórico y que por consiguiente esté llamada á desaparecer?

¿Es exacto que su ignorancia, que no es otra la suya, de esa decantada ciencia política que enzalsa á Maquiavelo y se burla de Mazzini; que rinde culto á la mentira y proscribe por inútil ó *perjudicial* á la verdad; que prefiere corromper y adueñarse de las conciencias por el oro, á ganárselas por el prestigio del talento y la virtud; es exacto, decía, que esa su honrosísima ignorancia sea la causa que esterilice sus afanes, condenándonos á todos sus afiliados á la injusta esterilidad de la que tan amargamente se quejara Juan Carlos Gomez, aquel amante despechado de su pátria, que como el gran Kossut, voluntariamente se condenara á un eterno destierro!

Nó, señores. El progreso renovando de continuo las fórmulas y los médios de acción en el seno de las asociaciones humanas, impide su desgaste y su muerte. Y la política, la verdadera política, no es esa que inspiran y dirijen espíritus escépticos, de esos que al decir de Lord Macaulay son propensos á engañarse con sus propias sutilezas, sinó aquella más alta que no desdeña afirmar por lábios de uno de sus mas ilustres defensores, en las postrimerias de este siglo tenido por tan incrédulo y pesimista, “que el mejor y más firme fundamento sobre el que podemos edificar, es el que nos proporcio-

nan las afecciones, las convicciones y la voluntad de la nación."

¿A qué atribuir entónces el que todos sus tenaces empeños por encarrilar el país en las vías constitucionales, generosos empeños á los que han solido agregarse—porque no decirlo—los propios de algunos de sus enemigos de causa, vienen estrellándose un día y otro día en un orden de cosas que debiendo ser efímero é inconsistente, como lo es casi siempre lo anómalo, lo subversivo, lo fofó, resiste sin embargo al tiempo, desafía las protestas de la opinion, menosprécia el anatema de la prensa, hasta cuya tribuna suben sus mas hábiles sostenedores para hablarnos de una moral que ellos han escarnecido; para predicarnos unos ideales que ellos no han abrigado jamás en su alma; para pedirnos quizá confundiéndonos con los esclavos del circo romano que los aplaudamos y los saludamos, á ellos, los modernos Césares. . . . !

Ah! señores. Pueblo jóven, inexperto, hemos cometido el gran error de creer que así como habíamos conquistado con las armas nuestra independencia, con las armas tambien debíamos conquistar el bienestar y la felicidad de la nación, y no lo hemos conseguido, ni lo conseguiremos, que escrito está en cada página de la historia de la humanidad que esos preciosos bienes, no los hemos de alcanzar

con sangre y exterminio, sinó por medio del trabajo, que nos ha de enriquecer sin prostituírnos; por las luchas pacíficas por la libertad, que nos la han de dar sin extenuarnos; por la práctica constante de los deberes cívicos, no en sitios de antemano erigidos en altares de grandes cuanto á menudo estériles sacrificios patrióticos, sinó en cada palmo del territorio nacional, como un culto permanente de justicia y de verdad, como un himno fervoroso á la santa democrácia, que solo debiera acabarse con nuestra vida!

Quizá mis palabras disuenan á vuestros oídos, tan acostumbrados al estrépito de las armas, por vosotros mismos generosamente esgrimidas en defensa de vuestras ideas ó que por lo ménos visteis esgrimir igualmente abnegados y valientes á vuestros mayores, caídos acaso en las jornadas sin glórias y sin banderas de nuestras desgraciadas luchas cívicas.

Pero yo os debo en este instante como conciudadano y como correligionario, la más fiel expresión de mis sentimientos y no sería yo sincero como creo haberlo sido toda mi vida, si por halagaros, me exhibiese como dominado por esa tendencia esencialmente guerrera, que yo no combato, demasiado lo sabeis, en nombre de exagerados lirismos, sino pura y exclusivamente en nombre de las tantas veces probada inutilidad de sus cruentísimos esfuerzos.

¡Qué quereis! Yo no he podido olvidar dos fechas luctuosas en los anales de mi patria. Yo no he podido olvidar aquellos brillantes ejércitos cívicos del 75 y el 86, inmolados, es verdad, en desagravio de la dignidad nacional, pero tan infructuosamente inmolados también en el sentido del verdadero progreso institucional y político de la República.

Y en presencia de tan repetidos como abrumadores desastres, yo que creeria criminal lamentar el sacrificio eficiente de los buenos, siento á la vez que instintiva repulsión, profunda desconfianza hácia todo lo que signifique violencia, y los echo de menos y quisiera que aún estuviesen á nuestro lado alentándonos con su fé, sellada con el martirio glorioso pero infecundo, los Lavandeira y los Lalemand, Posada, Samper, Teófilo Gil, cuyo recuerdo guarda mi memoria confundido con el de aquel día inolvidable, en el que juntos recibiamos el modesto lauro universitario, al que él, más feliz, muy pronto habria de reunir los envidiables lauros de la inmortalidad y de la gloria!

¿Qué hacer entonces, oigo que me preguntais?

¡Qué hacer! No dar por más tiempo la espalda al porvenir; no permanecer eternamente vueltos hácia un pasado que si hemos debido evocar como saludable enseñanza, no hemos debido pedirle pres-

tados "ni nuestros amores ni nuestros odios," para valerme de la hermosa frase de Quinet. Resolvemos una vez por todas á dar el primer azadonazo sobre esta rica y exuberante tierra de la democracia. Humanizar, dentro de la moral, nuestras luchas políticas, como ellos los mercaderes de todos los tiempos y de todos los matices, las desnaturalizan hasta hacerlas confinar con las mas viles y más degradantes de las luchas por la existencia.

No podemos ni debemos continuar así.

Admiradores de Oribe ó admiradores de Rivera, nuestra mision no puede reducirse á endiosar al uno y deprimir más ó ménos sistemadamente al otro, cual si esas descollantes personalidades del pasado, fuesen á nuestros ojos como las columnas de Hércules de nuestro mundo político.

La natural solidaridad entre los fundadores de un partido y los que despues hicieron suyos sus ideales y por ellos lucharon y se sacrificaron, no es, no puede ser incompatible con el progreso, y el progreso tiene que recorrer un camino demasiado largo, para que pueda detenerse á cada instante á glorificar á sus obreros. Recoja en buen hora la Historia, en urnas de oro las cenizas de sus mártires, ó avente por los aires como semilla maldita la de aquellos que deserta-

ron cobardes ó prostituidos; pero él no puede hacer altos sin negarse á si mismo; lanzado á su peregrinación al apareamiento del primer hombre sobre la tierra, miéntras exista sobre ella uno solo, miéntras pueda alumbrar su camino la chispa de una sola inteligencia, tendrá que ir!

Y porque esto es así; porque el progreso dejaria de ser continuo, indefinido, si las colectividades humanas llamadas á impulsarlo, se concretasen á discutir sempiternamente sus propias tradiciones buenas ó malas, es que el Partido Nacional en su declaración de principios del año 72, escribía aquellas palabras, tan sábias, tan patrióticas ay! como mal comprendidas y pronto olvidadas. "El Partido Nacional ni ensalza ni condena su pasado."

¿Importaba esa declaración como alguna vez se ha pretendido, tanto como decir que el Partido Nacional, no pudiendo separar el oro de sus méritos de la escoria de sus errores, optaba por rechazar toda solidaridad con el pasado?

Nó, mil veces nó. El Partido Nacional no podía rasgar por borrones de los que ningún partido podria considerarse exento, la página entera de su historia política, la página de la que, no digo ya el Partido Nacional, ningún hijo de esta tierra, nadie que rinda culto á la honradez cívica y al sacrificio estóico de la vida en aras

de la integridad de la patria, se atrevería á borrar el nombre ilustre de don Bernardo P. Berro, los nombres venerandos de Lucas Piriz y Leandro Gomez.

Pero si el Partido Nacional, señores, no podia ni debia quemar el libro de sus tradiciones, podia y debia, en nombre de los mas altos intereses públicos, entregarlo á la historia, no á esa historia que se embandera con las mismas pasiones que ella deberia combatir, sino á esa otra, no escrita todavía, que ha de dar al fin al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios!

Resolvámonos, os decia hace un momento, á dar el primer azadonazo sobre esta rica y exuberante tierra de la democracia.

Ya sé yó que no es esa una tarea fácil de acometer en una hora preñada de desalientos como la hora actual. Pero es esa la tarea que á todos nos señala el patriotismo y ante sus justas exigencias, las excusas, aún las mejor fundadas, tienen otro nombre; se llaman cobardias, cuando no claudicaciones.

Vosotros no querreis ser ni cobardes ni claudicadores.

Es en las lides democráticas donde hemos de hallar las ansiadas soluciones, no las que borran y disipan las angústias de un solo dia, sino aquellas mas universales, más fecundas, que preparan y conso-

lidan para siempre el porvenir de las naciones.

Cuando la libre Inglaterra se dió cuenta de que en lo sucesivo, restablecer su equilibrio político y económico por el medio siempre temible de la fuerza, iba á ser forzosamente fatal á su ulterior desenvolvimiento, se dispuso á cerrar definitivamente el periodo de sus revoluciones y lo cerró, con aquella que verificada hace 206 años, aún hoy sostiene el edificio dos veces secular de sus libertades.

A nuestra vez, apresurémonos á cerrar el periodo de nuestras luchas civiles, quiera Dios que sin tener que agregarle una sola más, y preparemos el porvenir.

La hora de las turbulencias ha pasado; vá á sonar la hora fecunda de la labor cívica. Ay! de los que la desoigan! Ay de los que pretendan hacer andar hácia atrás el reloj que marca la prosperidad y la grandeza de los pueblos!

Os dije finalmente que debíamos humanizar, dentro de la moral, nuestras luchas políticas y debo explicarme.

El otro dia oía yo decir á un miembro distinguido de nuestra sociedad estas palabras, que recojo, porque ellas encierran á mi ver lo mas contundente que haya podido decirse en contra del falso concepto que por lo general se tiene en estos países de la ciencia política: "yo no vivo de la política; yo vivo de mi trabajo honrado."

La política según eso vendría á ser un vil oficio, una ocupación infamante, patrimonio exclusivo de espíritus aventureros, y nada más.

Y sin embargo nuestro inolvidable José María Vidal, nos había dicho que la política siendo como era la ciencia del gobierno, era el negocio de todos!

No era seguramente á esta política que es una carga obligatoria y honrosa para todo ciudadano, á la que se refería el que protestaba no querer vivir sinó de su trabajo honrado.

El quiso, sin duda, referirse á esa otra á la que aludía yo al principio de esta ya larga y fatigosa alocución, política satánica que todo lo corrompe, todo lo mancha, todo lo prostituye y que desgraciadamente es casi la única que entre nosotros logre hacer adeptos y arrastrar y *convencer* á los hombres!

¿Porqué? Ah! porque la otra, la verdadera, la buena; la que no trafica, la que no se mancha, la hemos idealizado tanto, que ella ya no puede ser practicada sinó por aquellos pocos espíritus privilegiados para los que las tentaciones de la pobreza, las enormes tentaciones de la pobreza no merecida, no fueron nunca irresistibles.

Unos, revolviéndose en el fango; otros, los más, cerniéndose en las nubes. Unos comiendo tranquilamente su pan; otros

soñando con la libertad y alimentándose del anhelo de conquistarla. Un puñado de hombres consagrado á esquilmar y desprestigiar el país y una legión sagrada, la que ha velado siempre por el honor y el decoro nacional, aprestándose en todos los momentos para ir á demostrar al mundo en los campos de batalla, que el valor y la hidalguía, no han muerto, ni morirán jamás en el pecho de los descendientes de Artigas y Lavalleja!

Permitidme, permitidme, señores, que aún á riesgo de abusar de la benévola atención con que me escuchais, os repita aquí lo que no hace mucho dijera desde una de nuestras plazas públicas, en la marcada ocasión de conmemorar de manera tan modesta como humanitaria, el desembarco de los Treinta y Tres.

“ No será esa (ofreciendo de comer á  
“ los menesterosos) una manera brillan-  
“ te de solemnizar acontecimientos históri-  
“ cos de la más alta significación política y  
“ social, ¿pero quién podría negar que  
“ ella en su sencillez y en su modestia es  
“ atrayente y simpática como pocas?

“ Las patrias más amadas, confesémos-  
“ lo sin rubores, son las que brindan á  
“ sus hijos junto con la justicia, el dere-  
“ cho y la libertad, que son el alimento  
“ de las almas, el alimento de los cuer-  
“ pos; que no son buenas madres las que  
“ dejan perecer de hambre á sus hijos,

“ así los envuelvan en lujosos pañales y  
 “ arrullen su sueño con los más puros y  
 “ armoniosos cánticos!

“ *Pan y circos*, fué la fórmula que en-  
 “ cerró las aspiraciones del pueblo roma-  
 “ no en los días de su decadencia. Era  
 “ esa la fórmula de la degradación y la  
 “ indignidad.

“ *Pan y Pátria*, será en cambio la sín-  
 “ tesis profundamente humana de los  
 “ anhelos de estos pueblos jóvenes de  
 “ América, tan altivos, tan heróicos, tan  
 “ dispuestos siempre á todas las abnega-  
 “ ciones y á todos los martirios por do-  
 “ lorosos y estériles que ellos sean.

“ Si la patria es el aire que respira-  
 “ mos, la luz que nos vivifica, el cielo  
 “ que nos cubre, las glorias que nos enal-  
 “ tecen ¿porque no habia de ser tambien  
 “ el pan honradamente ganado sobre su  
 “ querido suelo con el sudor de nuestras  
 “ frentes?

“ ¿Porqué habríamos de empeñarnos en  
 “ ocultar como solo debe ocultarse lo que  
 “ envilece y bastardea los espíritus, el  
 “ legítimo deseo de encontrar en el seno  
 “ de la pátria los medios de ocurrir á las  
 “ imperiosas necesidades físicas, si noso-  
 “ tros no habíamos de obtenerlos al pré-  
 “ cio de su empobrecimiento, como esos  
 “ hijos desventurados que acarrear la  
 “ postración y la muerte á los mismos  
 “ que les dieran la vida?

“ ¿Porquéhabríamos de empecinarnos,  
 “ extraviados no sé porque falsos pre-  
 “ juicios, en no confesar que luchamos  
 “ al par que por nuestras libertades, por  
 “ nuestro sustento y el sustento de nues-  
 “ tros hijos, en liza franca y abierta, si  
 “ luego habíamos de ir á buscarlo en  
 “ las sombras, tal vez á cambio de giro-  
 “ nes de nuestra honra, ó lo que sería  
 “ aún mil veces mas excecable, á cam-  
 “ bio de girones de la honra nacional!

.....

SEÑORES:

Comprendiendo que estareis ya cansa-  
 dos de oirme, voy á terminar, pero no  
 sin ántes exhortaros á que lleneis vues-  
 tra hora en la existéncia nacional, con  
 aquel esfuerzo sereno y perseverante que  
 es el secreto de las mas bellas conquistas  
 del espíritu humano; á que estrechemos  
 nuestras filas por médio de la organiza-  
 ción y la disciplina, sin las que no se con-  
 cibe la existéncia de ningun partido; á  
 que fundemos, en fin, para nosotros y  
 especialmente para los que vienen detrás  
 de nosotros, clubs permanentes, verda-  
 deras académias de la instrucción ciuda-  
 dana, desterrando de ellas, en obséquio á  
 la pátria, en obséquio á la humanidad,  
 en obséquio á la civilización y al progre-  
 so, la diatriba y la violéncia, que no han  
 creado, que no crearán jamás nada esta-  
 ble y duradero.—He terminado.